

— «Cobarde! si huyendo
Llegas jadeando....!»—
(Le dicen los suyos).

— «¡Por eso he triunfado!
(El héroe responde):
Con dulces halagos
Luchar no es prudente:
Sucumben los bravos:»—
*Huyendo se triunfa
De pérfidos lazos.*

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO V

FÁBULA PRIMERA

El Leopardo y la Ardilla.

Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas ¡ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pie del tronco dormita.

¡Qué horror! ¡qué espanto! su Alteza
Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encógese la cuitada.....
Tiembla..... dobla su rodilla.....
al cabo le habló la Fiera
Así templando sus iras:

— «¡Te perdono la vida, Bestia inermel
Con esta condición, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El por qué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en ti siempre rebosa;
Mientras yo, que soy Rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.» —

— «¡Ah, Señor! (le responde) tan rendida
Por ese dón que me otorgáis me veo,
Que os diré la verdad; pero..... subida
En la copa del árbol, porque creo
Ser regla de oratoria recibida
Que suba en alto el orador pigmeo.
¿Lo consentís, Señor?» —

— «¡Ve sin demora!» —

— «¡A... ja. .já! Puesta en salvo, escucha ahora:

¿Es posible,
Rey temible,
Que no sepas, á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?

¡La inocencia!
Ve la ciencia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto,
Sin ser justo,
¿Quién lo goza, dime quién?

Sin congojas,
Frutos, hojas,
Son mi pasto, siempre igual;
Nunca mato,
Ni maltrato
Ni á ninguno quiero mal.

Pura el alma,
Duermo en calma
Sin gusano roedor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.

Aunque frágil,
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me da el Cielo
Cuando es fuerza padecer.

¡Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad....!
¡No! ¡La sombra
Que te asombra
Es tu misma iniquidad!

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambición,
La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razón.»

Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la Fiera, con horrible saña,
Tan gran rugido, su furor mostrando,
Que hizo al bosque temblar y la montaña.
— «¿Qué os sucede, Señor?» (dijo saltando
Con irónica risa la Alimaña).

Su Alteza comprendió en aquel momento
*Que, sin virtud, la vida es un tormento*¹.

¹ Eecl., XXXVI, 22.

FÁBULA II

El Infeliz Venturoso.

Caminando Ginés, cayó en un pozo;
Pero, trepando, descubrió una mina.
Gran delito después se le acrimina;
Mas, en triunfo, salió del calabozo.

¡Robarle intenta un hijo sin rebozo;
Mas convierte al bribón y lo adoctrina!
Triste, enfermo, á la muerte se avecina;
Y del lecho salió robusto y mozo.

Ignora el Infeliz por cuál encanto
Su ventura es de un mal la consecuencia.
Y pregunta..... y admírase..... hasta tanto
Que halló quien le aplicase esta sentencia:
*De aquel que está elegido para Santo
Todo lo trueca en bien la Providencia.*

¹ Rom., VIII, 28.

FÁBULA III

Nuevo Ministerio.

Buscaba el Rey del infierno
Un Ministro asaz inicuo,
Para hacer horrible estrago
En el sexo femenino.

A este fin convoca al Lujo,
Al Amor, á los Caprichos,
Y «¡Buenos son!» (dice al verlos);
Mas no llenan mis designios.»

En esto, en ruda algazara,
Acuden los malos Libros:
—¡Ya la elección está hecha!
La **Novela**¹ es el Ministro.—

¹ Entiéndese la **Novela** inmoral, supuesto que hay pocas
que no lo sean.

FABULA IV

La Crisálida.

Al firme tronco de la encina añosa
Subió una Oruga, por tejer ansiosa
Triste capullo, de vivir cansada;
Y en él, por fin, quedóse sepultada,
Con término á sus males,
Cual quedan en la tumba los mortales.

Vinieron á llorarle sus Hermanas,
Que también las Orugas son humanas.
Y al aire libre dando sus lamentos,
Cada cual expresó sus sentimientos,
Diciendo á la Difunta
Cuánto el dolor desesperado apunta.

Cuál, suspira y pronuncia adiós eterno;
Quién le promete llanto sempiterno;
Cuál la encomia y da culto á su manera;
Cuál, rendida al dolor, se desespera,
En tan lúgubre suerte,
Maldiciendo á los dioses y á la muerte.

Mas, en esto, la tumba (ó bien capullo),
Abrir se siente con fugaz murmullo.
Y vióse ¡oh pasmo! remontarse alada
La Crisálida hermosa, engalanada
Con todos los primores
Del diamante, la luz y los colores ¹.

Quedó la turba asaz sobrecogida;
Que en celeste visión ve convertida
La causa de su llanto. «¡Hermana! ¡hermana!»
(Gritanle en su estupor). Mas ella, ufana,
Con alas esplendentes,
Bajó á dar este aviso á los dolientes:

*De los Cristianos Restos soy la historia:
Siémbrense en corrupción, álzanse en gloria.
Sépaló el hombre así para consuelo;
Que, aunque es noble llorar en santo duelo
Por el difunto amado,
Llorar sin esperanza es un pecado ².*

1 La Historia Natural nos ofrece, en esta metamorfosis de la oruga en crisálida ó bella mariposa, imagen harto expresiva de la resurrección gloriosa de nuestros cuerpos.

2 I Cor., XV, 42.

FÁBULA V

El Ciervo Miope.

Un ciervo, de raza miope,
Que, por su falta de vista,
No hay gozque que no le embista
Ni rama con que no tope,

Un lente encontróse un día,
Olvidado en un matojo;
Y, aplicándose á un ojo,
Rompió en gritos de alegría:

—«¡Ya dió término mi mal!
¡Oh! ¡qué bellos horizontes,
Collados, selvas y montes,
Me descubre este cristal!

» Yo te adoro en tus alturas
¡Oh Sol! pues con tus fulgores
Das al mundo los colores
Y belleza á las criaturas.

» ¡Nada temo, en estos cerros,
Ya con invento tan raro;
Pues veré de lejos claro
Al cazador y á los perros.» —

Cualquiera juzgar podría
Que este Ciervo afortunado
Llevaría custodiado
Un don de tanta valía.

Pero ¡quíá! con mil locuras,
Corriendo siempre y brincando,
Sin saber dónde ni cuándo,
Perdió el lente, y quedó á obscuras.

¡Infeliz! ya se acabaron
Sus dichas; que, á corto trecho,
Estando siempre en acecho
Dos Lobos, se lo almorzaron.

*La Fe es tu lente, Cristiano;
Si guardarla no procuras,
Quedarás por siempre á obscuras,
Y el Lobo..... no está lejano*¹.

¹ Cor., XVI, 13.

FÁBULA VI

La Erupción del Vesubio.

Cuéntase con verdad, y esto no es juego,
Que una vez que el Vesubio echaba fuego
(Pues en gran erupción, por su garganta,
Piedra y llamas aborta,
Y en distancia no corta
A pueblos mil con su fragor espanta),
A un Doctor alemán, que á Italia fuera,
Le vino á la mollera
Observar muy de cerca el gran fenómeno,
Para escribir después un prolegómeno.

Con tales fines, y antejo en mano,
De la posma tudesca haciendo alarde,
Cuando la tierra se arde,
Encarámase al cerro más cercano;
Y allí se repantiga muellemente
Para ver la función cómodamente.

Mas en esto, permite el hado indómito
Que al tremendo Volcán apriete el vómito;
Y, abriendo asaz sus poderosas fauces,
Tal incendio derrama con enojos
En los vertientes cauces,
Que tierra, cielo y mar quedaron rojos.
Y descendiendo en rápido torrente
Oleaje candente,
Que por los cerros desigual serpea,
Al curioso Alemán casi rodea.

Un turbión de cenizas sofocante
Al ciego Observador oculta el caso;
Mas, apenas le advierte del fracaso
Una voz, que anhelante
«¡Ó vuélvete ó te abrasas!» va diciendo,
Cuando el Sabio, trayendo
Veloz á la memoria
Del gran Plino ¹ la historia,
Más listo que un acólito
La fuga emprende con afán insólito.
Y, á gatas ó rodando,
De cabeza ó de pies, siempre bajando,
La vida salva al fin; mas no sé cómo,

Su curiosidad le llevó á morir en el Vesubio.

Pues bajó cual imagen de *Ecce-Homo*:
Sus carnes y vestido hechos jirones,
Y ya, ya chamuscados los talones.

Al llegar á una turba novelera
De tan mala manera,
Unos guñanse el ojo,
Otros silban ó tosen, por antojo;
Y á la vez, con el trágico motivo,
Se burlan sin piedad del Fugitivo.
Mas él contesta con mirar severo:
— «Vuestra burla infeliz me importa un cero;
Que, entre *arder ó sufrir* esta bicoca,
La cabeza más loca
Elige sin dudar este sendero.» —

¡Recuerden bien el lance los mundanos!
A sus ojos livianos
Los ayunos maltratan,
Los silicios nos matan,
El huir ocasiones
Es cosa de simplones,
La humildad, el sufrir, son vilipendio;
Y del llanto se ríen,
Pues los terrenos goces los engríen.
Mas, si el alma se libra del INCENDIO

Por ese ardid ingrato,
¿Quién será el mentecato
Que aguarde muy tranquilo su sentencia
Sin hacer penitencia,
Sabiendo el importuno
*Que entre arder ó expiar no hay medio alguno?*¹

¹ San Agustín.

FÁBULA VII

La Niña sin dote.

En un raro documento
(Codicilo ó testamento)
Una cláusula se vía,
Que pingüe dote ofrecía
Para la Niña de Antón;
Con la expresa condición
De que el padre ¡cosa extraña!
Ha de morir en España.
¡Caprichos....! Mas era asunto
Que así encareció el difunto.

Cualquiera imaginaría
Que el tal Antón no querría
Pisar extranjera playa,
Ni aun acercarse á la raya,
Temiendo que allí le embistan
Y quede el Angel *per istam*.

Pero ¡qué! sin más rodeos,
Se va á vivir á Burdeos;

Y, al primer viento que sopla,
Se zampa en Constantinopla;
Y después corre á Pekín,
En seguidita á Tounkín:
De allí pasó á Guatemala,
Al Indostán, á Bengala;
Y, por fin, el mejor día
Se marchó á la Cafrería.

En vano la Niña clama
Y con súplicas le llama,
Y la Madre se aperrea,
Suspira, llora y patear;
Pues ya el Antón es machucho,
Y no puede vivir mucho.
— ¡No hay miedo!.(responde el Tal)
Moriré en suelo natal. —
—Pero, ¿cómo se concilia
Morir entre tu familia,
Viviendo, querido Antonio,
Entre cafres del demonio?—

Con efecto, una mañana
De grímpola y de jarana,
Los cafres se lo almorzaron,
Y sólo huesos dejaron;

Con lo cual la pobre Chica,
Que pudo quedar tan rica,
Se vió, con inmenso oprobio,
Quedar sin dote y sin novio.
Y, seca como un estambre,
Al fin pereció de hambre.

*Buen Lector, tienes un alma,
A quien se ofrece la palma,
Si en Dios mueres, por supuesto¹.
Mas ¿cómo se logra ésto?
Viviendo en Dios: de otro modo
Se pierde la palma y todo.
Que vivir en un infierno
Y después el Dote eterno
Llevarse el alma, sin más,
No te lo pienses jamás.*

¹ Apoc., XIV, 13.

FÁBULA VIII

El Príncipe y el Villano.

Á muerte vil un Príncipe se entrega
Por salvar á un Villano delincuente,
Y va á sufrir la pena el inocente;
Que á tal extremo su ternura llega.

Ya próximo á morir, con llanto riega
Del Villano fatal la obscura frente;
Después le abraza, y con afán ardiente
«¡Acuérdate de mí!» su labio ruega.

Y al sitio avanza, y el cadalso mira
Como el objeto que á sus ansias plugo;
Y al fin exclama de su amor ufano:

«¡Su crimen borro! y pues amor lo inspira,
¡Tengo sed de morir! ¿Dó está el verdugo?»
«¡Yo soy!» (dijo una voz): era el **Villano**.

— *El hombre, ¿es bueno ó malo?*—Este soneto
Lo pone en evidencia por completo:

*Si á su buen Redentor quitó la vida,
¿Qué no hará con su prójimo el deicida?
Con la gracia de Dios, yo no me espanto,
El hombre será bueno, será santo;
Mas sin ella, lo digo en prosa y verso,
El hombre es un malvado y un perverso¹.*

1 Gén., VIII, 21.

FÁBULA IX

El Armiño, el Castor y el Jabali ¹.

Un Armiño y un Castor,
Con un Jabalí mozuelo,
Se lanzaron, sin recelo,
A buscar vida mejor.

Y dejando con fe viva
Floresta, lago y maleza,
Lejos van de la pobreza
De su estancia primitiva.

Después de penoso viaje
Por desiertos y entre abrojos,
Al fin descubren sus ojos
Un riquísimo paisaje.

Y en él bosques y frescura,
Jardines y frutos tantos,
Que allí agotó sus encantos,
Dijérase, la natura.

¹ Imitada del francés.

Gozaron los Peregrinos,
Al ver tan hermosos llanos,
Lo que Eneas y Troyanos
Al ver los campos latinos.

Mas no hay ventura sin queiebras:
¡Un gran pantano de cieno
Han de pasar, y está lleno
¡Ay! de sapos y culebras!

Detuviéronse los tres
A su borde embadurnado,
Y el Armiño delicado
Metió con tiento los pies.

Mas retíralos bien listo,
Diciendo, al par, muy en ello:
—«El paraje es rico..... bello.....
Mas no conviene, está visto.

»Para llegar hasta él
Preciso es andar por lodo,
Y yo ¡puf! renuncio á todo
Por no deslucir mi piel.»—

Y el buen Castor circunspecto
Repone: — «¡Hermanos, paciencia!
El tiempo nos sobra y ciencia:
Ya sabéis..... soy arquitecto.

»En dos meses, sin premuras,
Os doy un puente acabado;
Y pasáis al otro lado
Sin fango ni mordeduras.»—

— «¡Dos meses! ¡valiente plomo!
(Dice airado el Jabalí)
Yo he de estar más pronto allí:
Atended, y veréis cómo.»—

¡Zís! ¡zas! y sin más perfiles,
Enfangándose hasta el rabo,
Marcha..... empuja..... llega al cabo,
Sorteando los reptiles.

Y mientras sacude el lodo
Y limpia sus pies ligeros,
A sus necios compañeros
Gritó, y dijo de este modo:

— «No se ha hecho el Paraíso
Para fatuos ni poltrones.
¡Esfuerzo grande es preciso!¹
Dad al hombre estas lecciones,
Y que aproveche el aviso.»—

¹ Math., XI, 12.

FÁBULA X

La Ciudad Nueva.

En tierras lejanas un Rey poderoso
Fundó á sus expensas grandiosa Ciudad,
Con nobles palacios, murallas y foso,
Con arcos y triunfos de extraña beldad.

Sus torres esbeltas, sus plazas son ricas,
Jardines y fuentes en gran profusión;
Mas ¡ved qué misterio! las puertas son chicas,
Estrechas y bajas, de rara invención.

Perfecta la obra, el Rey llama ufano
A aquellos varones de más honra y prez:
Les abre las puertas; mas ¡ay! todo en vano;
No caben por ellas: tal es su estrechez.

Impiden á muchos, que nunca se encorvan,
Sus trajes, penachos, insignias de honor;
Y á algunos las armas, los timbres estorban,
Y á todos, en suma, su talla y grandor.

Los Niños en tanto, con suma llaneza,
Holgados se miran entrar y salir:
Dijérase cierto, que tanta grandeza
Para ellos tan sólo se quiso erigir.

Los graves Señores, en chasco tan nuevo,
Pregúntanse erguidos: «Hidalgos, ¿qué hacer?»
¡Volveros muchachos! (responde un Mancebo
De rostro apacible, de buen parecer).

Con tal ocurrencia, no pocos se enojan,
Se burlan, se alejan, ó quedos se están;
Mas otros, siguiendo la voz, se despojan,
Se agachan, se encogen, y adentro se van.

¡Dichosos mil veces! el triunfo lograron
De ser moradores del mágico Edén.
Al par que los otros afuera quedaron
Privados por siempre del plácido bien.

—¿Es fábula? ¿cuento? ¿conseja ó historia?
—*¡El Santo Evangelio! dijeras mejor;*
Que no hay esperanza de entrar en la Gloria
*Si á Niño no vuelves, maduro Lector*¹.—

¹ Math., XVIII, 3.

FÁBULA XI

El Secreto de la Alquimia.

Un buen Párroco que vía
Poco espíritu en su grey,
Cual Maestro de la ley,
En un sermón le decía:

— «No os falta exterioridad
De virtud y Religión;
Mas pureza de intención.....
Ve aquí la dificultad.

» Hay celo, beneficencia,
De compasión mil ejemplos,
Concurso grande en los templos;
Mas..... todo falto de esencia.

» Y en vano formáis acopio
De méritos de esa estampa;
Pues se los lleva la trampa,
Es decir, el amor propio.

» Con tan bajas intenciones,
Tenéis la mezquina gloria
De convertir en escoria
El oro de las acciones.

» Trocad los frenos, Mortales,
Y os prometo un gran tesoro,
Haciendo que saquéis oro
De las cosas más triviales.» —

El Pueblo entendiólo mal,
Y exclamó regocijado:
«¡Nuestro Párroco ha encontrado
La piedra filosofal» ¹.

Y acude con ansia nimia,
Ganoso de hacer doblones,
Á pedirle sus lecciones
En el arte de la Alquimia.

— «¡Muy bien! os daré mi táctica
(Responde el Cura discreto);
Os llevaréis mi secreto,
Y..... allá veremos la práctica.» —

¹ Llámase piedra filosofal á la materia de que los alquimistas pretendían hacer oro artificialmente. La alquimia nunca ha sido más que un sueño risible inspirado por la avaricia.